**El Adviento en el año de la Misericordia.**

La Iglesia del Señor está llamada a dar gloria a su Dios. Su misión es anunciar con la palabra, la vida y el culto, la presencia de Dios en la Historia, manifestar a Cristo glorioso en medio de las realidades del mundo, celebrando visiblemente su triunfo sobre la muerte. Ya lo decimos en nuestras celebraciones: ***Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús.***

# Al celebrar el Año Litúrgico, iluminado en clave de Misericordia, recorremos la Historia de la Salvación en un ciclo de memoriales, de recuerdos vivos que se insertan en nuestra historia y actualizan la presencia del Señor. En el año de la Misericordia, el papa nos enseña en la Bula ***El rostro de la Misericordia 1:***

# *“Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret. El Padre, « rico de misericordia » (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como « Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad » (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina.*

# *En la « plenitud del tiempo » (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cfr Jn 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios.*

Celebramos nuestra fe, viviéndola como un ciclo cuyo referente principal es la Pascua, la gloriosa victoria de Jesús.

Hacia ella nos encaminamos celebrando los distintos ciclos, y a partir de la Pascua seguimos viviendo la experiencia de la fe como testimonio de la resurrección de Cristo.

El Adviento:

El tiempo preparatorio se llama **Adviento**, se leen los Profetas que anuncian a Cristo, se prepara su venida con oraciones que le dicen al Señor que venga nuevamente: "*Ven, Señor Jesús*". Se destaca en este Tiempo la Virgen María, que nos enseña a esperar con fe la segunda venida del Señor. Son cuatro domingos de Adviento. En ellos se celebra la esperanza y la alegría de saber que el Señor llega con su poder y con su paz a inundar los corazones de los que ama con la luz de la vida, con la fuerza renovadora de su amor.

San Carlos Borromeo lo propone de modo admirable en una de sus Cartas Pastorales[[1]](#footnote-1):

Ha llegado, amadísimos hermanos, aquel tiempo tan importante y solemne, que, como dice el Espíritu Santo, es tiempo favorable, día de la salvación, de la paz y de la reconciliación; el tiempo que tan ardientemente desearon los patriarcas y profetas y que fue objeto de tantos suspiros y anhelos; el tiempo que Simeón vio lleno de alegría, que la Iglesia celebra solemnemente y que también nosotros debemos vivir en todo momento con fervor, alabando y dando gracias al Padre eterno por la misericordia que en este misterio nos ha manifestado.

El Padre, por su inmenso amor hacia nosotros, pecadores, nos envió a su Hijo único, para librarnos de la tiranía y del poder del demonio, invitarnos al cielo e introducirnos en lo más profundo de los misterios de su reino, manifestarnos la verdad, enseñarnos la honestidad de costumbres, comunicarnos el germen de las virtudes, enriquecernos con los tesoros de su gracia y hacernos sus hijos adoptivos y herederos de la vida eterna.

La Iglesia celebra cada año el misterio de este amor tan grande hacia nosotros, exhortándonos a tenerlo siempre presente. A la vez nos enseña que la venida de Cristo no sólo aprovechó a los que vivían en el tiempo del Salvador, sino que su eficacia continúa, y aún hoy se nos comunica si queremos recibir, mediante la fe y los sacramentos, la gracia que él nos prometió, y si ordenamos nuestra conducta conforme a sus mandamientos.

La riqueza de la Liturgia se expresa en los signos:

* La Palabra de Dios desplegada en clima de confiada esperanza.
* Las oraciones del Misal llenas de sentido y comunicadoras de la intención de la Iglesia que quiere marcar el tiempo de la espera.
* Los signos externos( no siempre bien entendidos) de austeridad discreta y de silencio orante.
* La riqueza de la Liturgia de las Horas con los mejores textos patrísticos y eclesiásticos.
* La insistencia en la virtud de la Esperanza unida a la Fe y a la Caridad.
* Las expresiones de la Religiosidad y de la Piedad: Pesebre, Corona de Adviento, Fiesta de la Luz, Inmaculada, Árbol de Navidad.
* La música y el arte que enfatizan la cercanía del misterio del nacimiento de Jesús.
* La presencia de la Madre de Jesús como modelo de toda esperanza.
* La reiterada alusión a las promesas proféticas que se han de cumplir y que la liturgia proclama en las antífonas llamadas de la O: Emmanuel, Rex, Radix, Adonái…
* Los “caminos”,”novenas”, “posadas” que deben orientarlo todo hacia la liturgia que los valora y estima.

Una lectura del adviento desde la Escritura.

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
| 1. Vendrá | Iremos | Reacción |
| 1. Como árbitro de las naciones (Is 2,1-5) 2. Como sombra y refugio (Is 4,2-6) 3. Como Ungido (Is 11; Lc 10) 4. Como consolador (Lc 21; Mt 15) 5. Como Roca perpetua (Is 26,1-6) 6. Como luz (Is 29; Mt 9) 7. Como la descendencia (Gn 3,9-15.20) | 1. Vigilantes (Mt 24) y en pleno día (Rm.13,11ss) 2. Confesando nuestra indignidad (Mt 8,5-11) 3. Gozosos (Lc 10) 4. Llorosos y hambrientos (Is 25; Mt 15) 5. Bien cimentados (Mt 7,21.24-27) 6. Ciegos (Is 29; Mt 9) 7. Alegres por haber creído (Lc 1,26ss), por haber sido elegidos (Ef. 1,3-6.11-12) | 1. Vivan seguros los que te aman (Sal 121) 2. Deseosos de todo bien (Sal 121) 3. Que florezca la justicia (Sal 71) 4. Nada temo, porque vas conmigo (Sal 22) 5. Dad gracias al Señor que es bueno (Sak 117) 6. El Señor es mi luz (Sal 26) 7. Un cántico nuevo (Sal 97) |
| 1. Viene | Vamos | Reacción |
| 1. El Juez Salvador (Is. 11,1-10; Rm 15,4-9) 2. Viene en persona (Is 35) 3. El consolador (Is 40) 4. El Poderoso (Is 40) 5. El Redentor (Is 41) 6. El Legislador (Is 48) 7. Nuevo Elías (= "Mi Dios es el Señor"; Ecls. 48) | 1. Con espíritu de conversión (Mt 3,1-12) 2. Vemos cosas admirables (Lc 5) 3. Pequeños (Mt 18) 4. Cansados (Mt 11) 5. El mayor y el pequeño (Mt 11) 6. No oímos (Mt 11) 7. No reconocimos a Elías (Mt 17) | 1. Te doy gracias, porque me libraste (Sal 71) 2. Su justicia nos ha salvado (Sal 84) 3. Alégrese el cielo, goce la tierra (Sal 95) 4. No olvides sus beneficios (Sal 102) 5. Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey (Sal 144) 6. Mi deleite es la Ley del Señor (Sal 1) 7. Oh Dios, restáuranos (Sal 79) |

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
| 1. Se acerca | Estamos | Reacción |
| 1. Viene en persona (Is 35,1ss) ¿Quién es? (Mt 11) 2. El Hijo de David (Mt 1,18),Rey de Judá (Gn 49) 3. El vástago justo (Jr. 23,5-8), nacido de María (Mt, 1,18-24). 4. El hijo de la estéril (Jc 13,2-7ss; Mt 1,18-24) 5. El Emmanuel, hijo de la virgen (Lc 1; Is 7) 6. Llega el Amado (Ct 2,8-14) 7. El Poderoso que hace obras grandes (1S Lc) | 1. Pacientes y firmes (St. 5,7-10) 2. Somos sus hermanos (Mt 1,1-17) 3. Con el Emmanuel (Mt 1,18-24) 4. Sobrecogidos (Lc 1,5-25) 5. Alegres y estupefactos (Lc 1,26-38) 6. ¿Quién soy yo...? (Lc 1,39-45) 7. Agradecidos (1S 1,24-28; Lc 1,46-56) | 1. ¡Ven, Señor, a salvarnos! (Sal 145) 2. Su nombre sea eterno (Sal 71) 3. Dios escucha nuestro clamor (Sal 71) 4. En el seno me apoyaba en ti (Sal 70) 5. ¿Quién puede subir a la casa del Señor? (Sal 23) 6. Un cántico nuevo (Sal 32) 7. Mi corazón se regocija por el Señor (1S 2) |
| 4 Llega | Contemplamos | Reacción |
| 1. El hijo de la doncella (Is), de María (Mt 1,18-24) 2. El Sol que viene de lo alto (Lc 1,67ss) / La casa de Dios entre nosotros (2S 7,1-5). 3. El Salvador, Ternura de Dios (Lc 2; Tit 2,11-14) | 1. Al Hijo de la estirpe de David (Rm 1,1-7) 2. La entrañable misericordia de nuestro Dios (Lc 1,67-79) 3. Vayamos a Belén y adoremos (Lc 2,15) | 1. Va a entrar el Rey de la gloria (Sal 23) 2. Cantaré eternamente tu misericordia (Sal 88) 3. Alégrese el cielo, goce la tierra (Sal 95) |

**Los domingos de Adviento.**

**Primer domingo de Adviento**

**Corona de Adviento:**

Encendemos esta luz como aquel que enciende su lámpara para salir en la noche al encuentro del amigo que ya viene. En esta primera semana del Adviento queremos levantarnos para esperarte preparados, para recibirte con alegría. Muchas sombras nos envuelven, muchos halagos nos adormecen, queremos estar despiertos y vigilantes, porque tú nos traes la luz más clara, la paz más profunda, la alegría más verdadera.

**Homilía.**

**Jeremías** 33:14-16  
**Sal** 24:4-5, 8-9, 10+14  
1 Tesalonicenses 3:12-4:2   
**Lucas** 21:25-28, 34-36

Abre la Iglesia el camino del Adviento del año 2016. Sí, parece extraño que cuando aún nuestros almanaques marquen la cifra 2015, la Iglesia emprenda el camino de un año iluminado con la clave maravillosa del Año de la Misericordia que será inaugurado en estos días, primero en Roma y luego en cada Iglesia.

Sabemos, hermanos, que Adviento quiere decir, llegada, advenimiento. En el lenguaje de la fe se puede hablar de Esperar a alguien que viene, que llega, aguardar la presencia abriendo el corazón al que llega. Con San Lucas, a quien la Iglesia leerá este año, seremos capaces de entenderlo en clave de Misericordia.

Nosotros esperamos al Señor, El Profeta Jeremías lo llama hoy "***Señor—nuestra—justicia***"[[2]](#footnote-2), y esta clave nos permite poder definir en medio de este mundo a quien esperamos y cómo le esperamos.

Cuántas cosas disponemos en nuestra vida cuando se nos anuncia una visita. La del Señor que es eterna, constante y fiel, nos pone a pensar en tres palabras que son como el sentido de estos días: **Vino, viene, vendrá**.

Decimos que el Señor Vino, en cuanto recordamos aquellos momentos llenos de ternura en los que contemplamos al Salvador en su infancia, cuando “*se cumplió la plenitud de los tiempos y envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley*”[[3]](#footnote-3). Cuánto amamos esta evocación humilde y gozosa en la que reconstruimos, muchas veces con detalle, las escenas que rodean ese nacimiento en la realidad de nuestra carne

Viene, porque la presencia del Señor es actual y viva. Viene en la Eucaristía, viene en la gracia de la Palabra viva que acabamos de escuchar, viene “ *en cada hombre y en cada acontecimiento*”[[4]](#footnote-4), viene en las circunstancias concretas y esta vivo y presente en el misterio adorable del Sacramento, y también, podremos reconocerlo “*donde un hombre trabaja y un corazón le responde*”[[5]](#footnote-5) y en el corazón de los que aguardan una palabra de esperanza y de Misericordia.

Vendrá, que es la esperanza de la Iglesia, que los sabios y los santos llaman escatología, es decir: futura y gloriosa manifestación del Señor.

A veces nos conmueve lo que hoy nos proclamaba el Evangelio, y nuestra vida se estremece ante la figura imponente del Rey que viene a juzgar en “ *aquel día terrible y glorioso en el que pasará la figura de este mundo*”[[6]](#footnote-6), y, apoyados en estas palabras muchos, incluso cristianos, siembran en las almas el terror y la desesperación, cuando el mensaje nos invita, como en el Evangelio de hoy a “levantar las cabezas… estar despiertos[[7]](#footnote-7), con la confianza y la alegría del que espera a un amigo.

Ven, Señor[[8]](#footnote-8), canta la Iglesia, cantan las canciones amorosas que empezamos a entonar. Ven, decimos con signos de alegría y de esperanza aguardando que tengamos el valor de vencer la sociedad de consumo que nos esclaviza con tantas cosas que, pueden, como advierte San Lucas, “embotar la mente” y destruir la paz y la felicidad que los vicios, los derroches, el ambiente enrarecido de estos días pretenden ofrecer.

De la mano del Señor y haciendo eco al Salmo de hoy, supliquemos que Él que vino, el que viene, el que vendrá, nos enseñe el camino verdadero y nos de valor para emprender también nosotros este camino acompañados de las obras buenas, del amor con el que el Apóstol Pablo instruyó a los Tesalonicences para que vivieran la alegría del Señor.

Ven Señor. Te esperamos en los brazos de María, la Virgen santa del Adviento, ella nos ayudará a esperar con amor. Ella hará de nosotros Misioneros de la vida y de la fe. La Madre del Adviento nos dará la alegría de esperar y de ver, ya no en el Pesebre sino en el corazón, a aquel al que empezaremos a invocar diciendo:

“ Consuelo del triste, luz del desterrado…mi constante amigo, mi Divino Hermano”.[[9]](#footnote-9)

Amén.

Segundo Domingo de Adviento:

Corona de Adviento:

Los profetas mantenían encendida la esperanza de Israel, nosotros encendemos esta segunda luz como símbolo de nuestra espera. El viejo tronco reverdece, florece el Desierto. La humanidad entera se estremece porque Dios se ha Encarnado. Que cada uno de nosotros, Señor, te abra su vida, para que brotes, para que florezcas, para que nazcas entre nosotros y mantengas encendida en nuestro corazón la luz de la esperanza.

Homilía:

**Baruc**5:1-9  
**Salmo** 125:1-2a, 2b-3, 4-5, 6  
**Filipenses** 1:4-6, 8-11  
**Lucas** 3:1-6

Sigue nuestro camino del Adviento. Sigue el Señor proponiendo a los creyentes una invitación que hace que los discípulos entendamos que también hemos sido enviados, llamados a pregonar por el mundo el júbilo de la presencia del Señor iluminando el dolor del mundo y la esperanza de la humanidad con la Misericordia.

El Salmo de hoy, el ciento veinticinco, es toda una fiesta, es todo un retrato de nuestra vida, que delante del Señor, quiere ofrecerse en acción de gracias y quiere ver en el amor de Dios la realización de sus esperanzas.

Hoy el Señor nos habla de varios y preciosos modos, si, ya lo insinúa la carta a los Hebreos en su mismísimo comienzo: “de muchos modos habló Dios…”[[10]](#footnote-10)

Es el Profeta Baruc el que nos lleva al sentido inicial de este domingo, en el que se anuncia la vida recobrada por un pueblo que fue esclavo. Allí también estamos nosotros retratados: Cristo ha venido a romper no pocas cadenas, no pocas esclavitudes. Nos ha querido llamar de nuevo, nos hace recordar el tiempo en el que, como dice el Salmo, caminábamos con lágrimas, añorando la fiesta que se abre cuando se puede retornar a la paz y a la vida.

En un mundo como el nuestro quiere el corazón imaginar en este domingo de Adviento una larga y jubilosa caravana que se acerca, buscando en el Señor la vida y la alegría. El Apóstol hoy nos exhorta a llegar al Señor con un corazón limpio, a descubrir en medio de este mundo, tantas veces agobiado por las tristezas y decepciones, la alegría de la fe.

Y es que es en esta gozosa alegría en la que se mueve el Adviento, más aún, toda la vida cristiana, pues el Señor viene a redimir y con su redención, con la fuerza de la libertad que el nos consigue, nos descubre también su rostro amoroso y alegre.

Hoy queremos ser ese pueblo que saborea, con júbilo su realidad de redimidos. Que bella la expresión de Baruc: “*Paz en la Justicia, Gloria en la Piedad*”[[11]](#footnote-11), indicando el sentimiento que ha de embargar al que espera con fe y sabe que lo que espera llegará a su plenitud.

Cristo es “***paz en la Justicia***”, es el amor de Dios que restaura el corazón, que hace justicia, pero no como nosotros, apoyados tantas veces en la violencia, en la venganza, no, es la justicia que transforma, que perdona, que renueva la vida. En esta visión de la paz, se pide a los creyentes hacer de ste tiempo en el que de tantos modos se habla de ese don, realizar obras de paz, de vida. Sobre todo cuando sentimos la urgencia de perdonar de corazón y de restaurar la dignidad de la humanidad según el modelo que nos propone el Señor.

*“****Gloria en la piedad****”*, debería ser el distintivo de todos estos días, de modo que las fiestas nos lleven a la alegría que se transforma en piedad, es decir en amor profundo y sencillo, alegre y confiado por las obras de Dios, por las que realiza en nuestra vida, por las que nos concede realizar. Es más, en el Año de la Misericordia, piedad no es sólo una actitud reverente, es un amor volcado con generosidad en la vida y en la necesidad de humanidad de tantos hermanos,.

Hoy, jubilosos, pero también llenos de fe, suplicamos al Señor que nos descubra su rostro de bondad, que venga a compartir nuestra vida, que llegue a cada corazón, que, así como en los tiempos históricos que nos narra San Lucas, las gentes descubrieron su presencia y acogieron el anuncio del Bautista, nosotros allanemos los caminos, quitemos los obstáculos del corazón, abramos las puertas de la vida al que llega para salvarnos.

Nos ayude a descubrir este camino la Madre del Señor. Ella, siempre fiel, prepare nuestro corazón con su ejemplo y testimonio, Ella nos muestre al Salvador, el que nos hará vivir la Paz en la Justicia y la Gloria en la piedad, Ella, cuya fiesta se aproxima, nos ayude a iluminar, como lo haremos con las luces de estos días, el corazón del mundo agobiado por la desesperanza.

Amén.

La Inmaculada:

Apertura en Roma del Año de la Misericordia:

**Gen** 3,9-15.20  
**Sal** 96,1.2-3ab.3c-4  
**Ef** 1,3-6.11-12  
**Lc** 1,26-38

Avanza la Iglesia por el camino del Adviento, encontrando en su recorrido las figuras gloriosas de los profetas, de Juan Bautista y ahora en el corazón de este tiempo de vida y de esperanza, nos encontramos con la Madre del Señor a quien hoy la Iglesia llama, con toda la fe del corazón La Purísima.

Esta es la Fiesta de la Madre Inmaculada. Fiesta de luz y de esperanza, fiesta de vida y de paz.

La Palabra Divina que ilumina esta fiesta nos hace pensar en varias realidades.

En primer lugar pensemos en aquel momento en el que se nos anuncia la presencia de una Madre que, con su obediencia y con su humilde disponibilidad cambia las consecuencias de la desobediencia y de la soberbia, pues en esos abismos descubrimos a toda la humanidad.

Dios nos hizo limpios, buenos. Nos hemos dejado seducir de tantas vanas ilusiones de grandeza, de tantas tentaciones que terminan por esclavizarnos y someternos a la opresión del mal.

María, obediente y fiel, marca la diferencia. Dios la llama, la destina a un ministerio excelente y magnífico y por ello, desde su origen, desde su primer aliento de vida, la hizo digna de la misión que debía asumir. Que bello le cantaremos en el Prefacio de la Misa de hoy, cuando dice que: “Purísima había de ser, Señor, la Virgen que nos diera  el Cordero inocente que quita el pecado del mundo. Purísima a la que, entre los hombres, es abogada de gracia, y ejemplo de santidad”[[12]](#footnote-12)

Ahora nos preguntamos cómo entender esta fiesta en el mundo tan singular en el que van transcurriendo nuestros días, ya que no es fácil hablar de inocencia, cuando de tantos modos hemos destruido el ideal de bondad que Dios había dado a la humanidad.

La fe nos muestra un plan de Dios que se va realizando siempre a favor de la criatura. Dios nos hizo para el bien, pero el corazón humano se deja seducir por tantas cosas y pierde sus modelos y su referencia gloriosa.

Dios quiere restaurar la vida de sus criaturas para que allí donde “abundó el pecado, sobreabunde la gracia”[[13]](#footnote-13)

La Palabra de Dios nos insiste hoy en la necesidad de mirar en María Santísima un ejemplo vivo y gozoso de las virtudes que deben adornar la vida de todo cristiano, por lo que es preciso ver en la Madre la sencillez, la prudencia, la paciencia, la fidelidad, la constancia, el silencio, la oración.

En la fiesta de la Inmaculada, precedida por el signo de la luz que se enciende en honor de esta Reina, hemos de suplicar que la luz de la fe y de la vida, que las virtudes de Nuestra Señora se reflejen en la vida de cuantos la invocamos con confiada esperanza. Pero también se nos lanza el reto de imitar y vivir como María en constante ascenso hacia los tesoros de la gracia y de la vida que Dios nos regala, de modo que los hijos muestren en sus vidas aquellas manifestaciones de la bondad que María Santísima vivió de modo ejemplar, a la misericordia con la que recibió a Jesús, le acunó, le alimentó, le acompañó, le siguió hasta la cruz y hasta la gloria.

Hoy, en la Sede de Pedro se abre la Puerta Santa. Puerta del cielo le decimos a María en las letanías, puerta siempre abierta al amor sin límites, a la Misericordia Divina, al amor de Dios que llena de luz y de pureza la vida de la Madre Inmaculada.

De la mano de María, confiadamente, piadosamente, sigamos esta fiesta de esperanza y de alegría y celebremos con gozo y con fe en la fiesta de la Reina Inmaculada nuestra común vocación a la santidad y a la perfección.

Y ahora, dirigiéndonos a la Virgen Purísima, prestamos las palabras de Santa Laura Montoya, y le decimos:

*“ gloria a Vos tan bella!*

*Amada Madre, poderosa Reina,*

*sonrisa de la vida humana!*

*Amanecer del claro día de la fe!*

*Flor del campo, Rosa de Jericó,*

*caricia de los cielos, hechizo de corazones, oriente de nuestra esperanza, consuelo en las tristezas de este mundo, Maná del alma sedienta de ternura, Medicina del enfermo corazón…*

*Perfumado huerto que nos produjo a Jesús, Puerto de los náufragos del pecado, retoño de Adán que encierra el Cielo,*

*Cielo del mismo Cielo…*”[[14]](#footnote-14)

Ruega por nosotros, ruega por tus hijos, ruega por el pueblo que te ama con amor eterno. Ilumínanos, Madre nuestra, para que hagamos presente en el mundo la Misericordia del Señor.

Amén.

Tercer Domingo de Adviento:

**Corona de Aviento:**

En medio de las tinieblas del mundo se enciende una luz; en medio del desierto resuena la voz del Bautista que advierte a todos la cercana presencia del Señor. Preparemos el camino, adornemos con el gozo el corazón, estemos atentos a la voz de Juan que sigue pregonando la conversión. Al encender esta tercera luz, concédenos Señor, la alegría de ser, también nosotros, una lámpara que ilumine a los hermanos

Tercer Domingo de Adviento.

GAUDETE.

Sofonías 3:14-18  
Salmo: Isaías 12:2-3, 4, 5-6  
Filipenses 4:4-7  
Lucas 3:10-18

Hoy todo anuncia la fiesta cercana. Lecturas, el Salmo, que esta vez es cantado por el Profeta Isaías, las oraciones, el canto que despunta jubiloso, el día del Señor que se revela, sereno y majestuoso en la gozosa fiesta de la Iglesia que, (*vestida de rosa*), aguarda a su Señor[[15]](#footnote-15).

Es la fiesta de la Alegría. Hoy el profeta Sofonías le habla a un Pueblo que recupera la paz. Esta voz también ha de llegar a nosotros, a esta Iglesia peregrina que tiene la tarea de sembrar la alegría y la esperanza en medio de los pueblos del mundo. Y es que la cercana fiesta de la Navidad todo lo sugiere, todo lo inspira.

El Papa Paulo VI, que tuvo la dicha de escribir una Exhortación Apostólica sobre la Alegría Cristiana, nos invitaba a volver a escuchar las palabras del memorial de Pascal, allí citadas : “*alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría…una alegría eterna en comparación de un día de sufrimiento en la tierra*”[[16]](#footnote-16).

Si, hermanos, es esta la alegría desbordante que necesita el mundo. Es esta la verdadera dimensión del gozo que la sociedad de consumo nos ha arrebatado y sustituido con tanto ruido y con tanta exterioridad que rompe el silencio expectante de otros días para llenar el corazón del hombre de hoy de ruidos inútiles. Debemos volver a la alegría del que recorre el camino del adviento con la inocencia y la piedad humilde de los pobres, la fe sencilla y deslumbrante de los niños y de los que tienen alma de niño.

Si, caminamos con José y María hacia Belén. En el camino que la Liturgia sigue en esta semana que iniciamos, vendrán voces y palabras de profetas, cantos sencillos del Pueblo Santo, anuncios jubilosos, alegría que crece.

Por eso en el compromiso de la vida que genera nuestra fe, hay también un camino que recorrer. Vamos hacia el corazón de Cristo, vamos hacia la Iglesia entera, hacia cada uno de los que la conformamos y le pedimos al Señor que Pastores y rebaño nos citemos delante del pesebre y sigamos implorando la llegada del Reino y del Rey.

La tradicional expresión de la fe de la Iglesia, tiene en estos días las bellas antífonas llamadas “de la O”, que siguen iluminando, ya el aleluya, ya las oraciones de la Iglesia, con expresiones llenas de color, de luz, de paz:

Llamamos a Jesús con voces suplicantes, con la ternura de un niño que clama buscando entre las gentes ternura y alegría, y decimos con confianza que el Mesías esperado se llama, ya Emmanuel poderoso, ya Adonaí potente, ora llave de David, o también Raíz de Jesé.

Es como si el Antiguo Testamento y la voz de los Profetas que allí viven en eterno anuncio de la esperanza, nos quisieran comunicar toda la fuerza de un amor que viene al mundo oculto y misterioso tras la dulzura del Niño de Belén.

El Rey se acerca, humilde y sencillo, el Reino despunta en el alma misionera de la Iglesia, en la alegría desbordante de los que anuncian la paz, en la voz de los profetas de ayer y de los testigos de hoy que anuncian una paz nueva, un corazón que renuncie a las violencias y a los rencores, que se olvide de resentimientos y amarguras, para volver a esperar y para sentir que la Esperanza da sentido a la existencia y que ayuda a que, quienes la han perdido, recobren la esperanza y la vida.

En el año de la Misericordia, recordemos que la alegría ha de ser nuestro signo y nuestra bandera.

La Puerta Santa Abierta en las Catedrales y en algunas parroquias y santuarios, es imagen de los brazos abiertos del Padre Misericordioso que nos invita a entrar en el Banquete de su Amor.

Abramos el corazón a la vida y que, junto a todos los hermanos, con las plegarias seculares de la Iglesia, en esta semana se levante a implorar que el **Adonái**  poderoso, la **llave de David**, la flor de Jesé, el Salvador[[17]](#footnote-17), largamente añorado por Israel, pueda ser contemplado en el regazo de la Virgen sin Mancha, la Gloriosa María, por todos los hombres de buena voluntad, sobre todo por nosotros, los que en esta hora de la Historia, queremos reconciliarnos con la vida, con la esperanza, con la paz y la alegría que el mundo de hoy quiere negarnos. Amén

**Cuarto Domingo del Adviento**

**Corona de Adviento:**

Esta última luz de Adviento nos recuerda a María. Es Ella la estrella que anuncia el día, somos nosotros los hijos expectantes que, acunados en el regazo de la Madre, aguardamos con fervor el nacimiento del Mesías. Ya se acerca la Luz, ya vemos en el horizonte el resplandor del Sol de Justicia. Dichosa tú, Santísima Virgen María, porque has creído. Dichosos nosotros, porque lo que el Señor ha prometido va a cumplirse. Alégrate, Iglesia, porque llega tu luz.

**Homilía.**

La Visitación.

**Miqueas** 5:1-4  
**Sal**mo79:2-3, 15-16, 18-19  
**Hebreos** 10:5-10  
**Lucas** 1:39-45

¡Bendita tú entre las mujeres!.

Así grita Isabel, llena de gozo, así recibe a su prima María que llega a la casa solariega en las montañas de Judá[[18]](#footnote-18). María se puso en camino, dice el Evangelio. Sus pasos atraviesan las distancias y se acerca a las soledades de Judá para cumplir con las obras de Misericordia que se dibujan en la Visitación: Visitar al enfermo, consolar, enseñar, colmar con la ternura de la fraternidad a aquella Parienta que aguarda un niño y que ha de recibir de María una lección de amor y de bondad.

Hay un contraste entre la fresca Nazaret y la aridez de Judá. Pero las montañas en las que se oculta la casa de Zacarías son bellas, misteriosas, evocan tantos caminos del pueblo de Israel que tienen como meta las montañas en las que Dios acostumbra hablar, bien por su propia voz como en el Sinaí, bien por la voz de los profetas que proclaman la esperanza.

Dos escenas maravillosas nos trae la liturgia. En la Primera Lectura Miqueas, el Profeta, nos habla de Belén. Es como si el Profeta quisiera entrar en nuestras casas y quisiera ir con nosotros y revisar si el pesebre que hemos preparado coincide con las bellas expresiones de su anuncio.

Es una lección de misericordia. El Mesías aquí revestido de la humildad de un Pastor, como aquellos que adornan nuestros pesebres. San Juan de la Cruz, cuya memoria celebrábamos hace unos días, lo dibuja como “*un Pastorcico…ageno de plazer y de contento…en su pastora puesto el Pensamiento, el pecho del amor muy lastimado”*[[19]](#footnote-19).

Belén es tierra de Pastores, David el Rey fue pastor.

Y el que Miqueas presenta como “***nuestra Paz***”[[20]](#footnote-20) se llamará a sí mismo Pastor, cuando en el capítulo décimo del Evangelio de Juan nos dice que El ha de salir a buscar ovejas y se ha de poner en la puerta de donde duerme el rebaño a cuidar que no venga el lobo a arrebatarlas.

Con esa esperanza caminan las gentes a Belén, también hoy. Allí ya nos aguardan los pastores que cuidan blancos rebaños, pero que serán convocados para que encuentren en el Establo al que hoy anuncia el salmo cuando llama al Señor Pastor de Israel: “*oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve*”[[21]](#footnote-21).

En Belén nace la esperanza de una Iglesia que se encamine al corazón del mundo, las márgenes de la historia de las que tanto nos habla el papa Francisco, y que vaya ofreciendo a todos razones para vivir y esperar.

La Segunda escena de hoy nos habla de María: Hoy la liturgia canta al Pastor que nace de la Oveja Purísima, a la que cantó Melitón de Sardes, un escritor muy antiguo que decía:

Este es el cordero sin voz; el cordero inmolado; el mismo que nació de María, la hermosa cordera; el mismo que fue arrebatado del rebaño, empujado a la muerte, inmolado de vísperas y sepultado a la noche; que no fue quebrantado en el leño, ni se descompuso en la tierra; el mismo que resucitó de entre los muertos e hizo que en el hombre surgiera desde lo más hondo del sepulcro[[22]](#footnote-22)

Es esta la alegría que queremos celebrar cuando signos, palabras, cantos, nos hablan de la inminencia de aquella noche que de niños soñábamos con esa ansiedad que hoy queremos volver a sembrar en un mundo tan racional y tan sistemático.

La Navidad está a la puerta, y María, la Bendita porque ha creído, porque esperó y porque pudo ofrecer *el fruto bendito de su vientre*[[23]](#footnote-23)*,* es la encargada de preparar, ya no pañales ni camisitas, sino corazones que sepan que Dios viene siempre, que el amor está de regreso, que la paz vuelve a serenar los ímpetus de un mundo agobiado y doliente, como hemos rezado en estos días.

Hoy la Iglesia, tomando de los labios de Isabel la aclamación, aguarda en oración a su Señor y se pregunta, admirada y confiada: *¿Quién soy yo, para que me visite la Madre de mi Señor?*[[24]](#footnote-24)*,* sabiendo que con Ella, la Virgen de la Navidad es más grata la espera y más dulce la esperanza, es más tierno el amor, porque es más cercana la alegría de saber que Dios nos ama. Amén.

P. Diego Alberto Uribe Castrillón.

1. *San Carlos Borromeo, Carta Pastoral Adviento: Acta Ecclesiae Mediolanensis, t. 2, Lyon 1683, 916-917.* [↑](#footnote-ref-1)
2. Jeremías 33,16. [↑](#footnote-ref-2)
3. Galatas 4.4 [↑](#footnote-ref-3)
4. Misal Romano. Prefacio III de Adviento. [↑](#footnote-ref-4)
5. Liturgia de las Horas. Himno de la Hora Intermedia en el Tiempo Ordinario. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cfr, Misal Romano Prefacio III de Adviento. [↑](#footnote-ref-6)
7. Lucas 21, 34-36. [↑](#footnote-ref-7)
8. Apocalipsis 22,20. [↑](#footnote-ref-8)
9. Gozos de la Novena de Navidad. Maria Ignacia Samper. Siglo XIX. [↑](#footnote-ref-9)
10. Hebreos 1,1. [↑](#footnote-ref-10)
11. Baruc 5,4. [↑](#footnote-ref-11)
12. Misal Romano. Prefacio de la Inmaculada Concepción [↑](#footnote-ref-12)
13. Cfr. Romanos 5.20. [↑](#footnote-ref-13)
14. Beata Laura Montoya. Obsequios a María Inmaculada. Oración diaria. [↑](#footnote-ref-14)
15. Con toda razón este domingo se llama Gaudete, es decir regocijáos. [↑](#footnote-ref-15)
16. Paulo VI. En Gaudete in Dómino. Citaba a Blaise Pascal, del famoso Memorial escrito el 23 de noviembre de 1654. [↑](#footnote-ref-16)
17. De las Antífonas de “la O” con las que la Iglesia ha enriquecido las vísperas del 17 al 24 de diciembre. [↑](#footnote-ref-17)
18. La tradición hoy señala la casa de Zacarías en las montañas próximas a Jerusalén. [↑](#footnote-ref-18)
19. San Juan de la Cruz. El Pastorcico. La ortografía se conserva de la tradición. [↑](#footnote-ref-19)
20. Miqueas 5, 4 a. [↑](#footnote-ref-20)
21. Salmo 79, 4. [↑](#footnote-ref-21)
22. Melitón de Sardes. Homilía sobre la Pascua. [↑](#footnote-ref-22)
23. Lucas 1, 42. [↑](#footnote-ref-23)
24. Lucas 1,43. [↑](#footnote-ref-24)